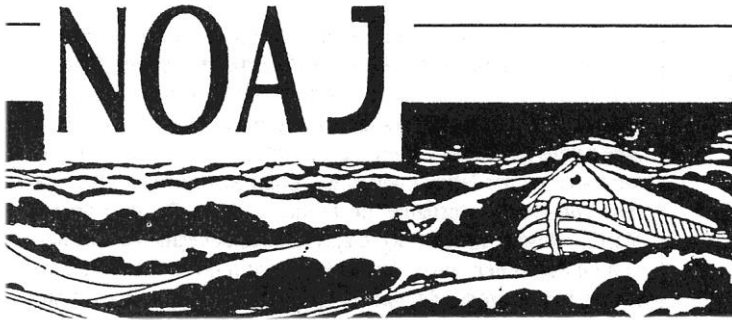




Año III, N°. 3-4, mayo de 1989

Iehoshúa, A. B., Discusión en familia. pp. 122-128

A.B.
Iehoshúa

POLEMICA

Discusión en familia

Uno de los más importantes escritores israelíes contemporáneos, nacido en 1936. Entre sus libros se cuentan La muerte del viejo, Frente a los bosques y A comienzos del verano de 1970 (cuentos); El amante, Moljo y Divorcio tardío (novelas); Una noche de mayo y Tratamiento final (teatro); Entre derecho y derecho (ensayo). Es miembro activo del ala izquierda del Partido Laborista y del movimiento Paz Ahora. El siguiente texto es versión de su encuentro con los participantes en el Quinto Congreso de Escritores Judíos de Lengua Hispana y Portuguesa, realizado en la Universidad de Haifa, el 6-6-1989,

Me alegra esta oportunidad de un nuevo encuentro con escritores judíos latinoamericanos, y les doy la bienvenida a Haifa, mi ciudad. La gente suele preguntarme por qué un jerosolimitano de quinta generación como yo vive precisamente en Haifa. Mi respuesta es que Jerusalem es un microcosmos en que se concentra toda la locura, todo lo tremendo del país. En cambio, Haifa es la ciudad más normal de Israel, la única que logra mantener un equilibrio adecuado entre todas las fuerzas. Cuando me enoja mucho con lo que ocurre, fantaseo con una frontera que pase entre Haifa y Tel Aviv, dejándonos en calidad de país vecino — y amistoso — de Israel...

Algunos de ustedes me preguntaron qué estoy escribiendo ahora. Mi libro anterior, **Moljo**, que en inglés se llama **Five Seasons**, es una novela clásica, en tercera persona, cuyo protagonista es un hombre de 50 años que pierde a su mujer y debe reaprender a enfrentarse con la vida. Actualmente escribo algo muy diferente, una especie de demonio del que no me puedo librar hasta que lo complete. Se llama **Mr. Money**, y es una novela dialogada, estructurada en cinco secciones que van retrocediendo en el tiempo. El primer diálogo transcurre en el presente, el segundo treinta años atrás, y así sucesivamente, hasta culminar en la mitad del siglo XIX. Cada sección es una conversación de dos personas sobre Mr. Money, que en cada una de ellas es otro. La narración/diálogo avanza así desde el personaje contemporáneo hasta su tatarabuelo, y a través de ella se van descubriendo otras dimensiones de la familia.

Sé que ese tipo de estructura les resulta a ustedes familiar. De

hecho, yo me siento muy cercano a la narrativa latinoamericana contemporánea, porque compartimos un padre común que es William Faulkner. La literatura europea es ordenada, compuesta por capas de cultura sucesivas. Ustedes y nosotros carecemos de una tradición de desarrollo como la de la cultura europea, y debemos reemplazarla por el mito. No quiero decir con esto que la literatura latinoamericana o la israelí copien a Faulkner, sino que la novelística de Faulkner nos proporciona el ejemplo de otra civilización que funciona también en base a mitos.

Ignoro si para un argentino, por ejemplo, es fácil escribir sobre la Buenos Aires del siglo XIX en base a la ciudad de hoy. Puedo decirles que en Eretz Israel los cambios en los últimos cien años fueron tan dramáticos, que para reconstruir un sitio del pasado es necesario mucho cuidado y una buena dosis de erudición. Por ejemplo, yo describo a mi héroe llegando a Haifa en 1899; consulté a un experto, y averigué que Haifa era entonces un solo edificio sobre una colina, y que no existía ruta alguna hacia el sur: a Iafó se llegaba solamente por mar. De ahí que resulte tan difícil escribir un *epos* en Israel, y por eso elegí la forma dialogada, a fin de poder dosificar las imágenes de la realidad exterior y evitar la frustración de intentar un *epos*. De esta novela ya fueron publicados dos capítulos, y uno de ellos fue traducido al inglés y teatralizado; se trata de una conversación entre dos oficiales ingleses, uno judío y uno no judío, después de la conquista británica de Palestina, y tiene mucho que ver con la identidad judía, que es siempre el tema de mi escritura.

Esto me lleva al tema central de este encuentro, y, a modo de

introducción, antes de que dialoguemos, quiero referirme a algo que ustedes escucharon mencionar ayer en la Casa del Escritor, mi polémica con el escritor árabe israelí Anton Shamas, polémica que tiene que ver con mi definición de dos términos clave, **judío** e **israelí**. Dichas definiciones serán una buena base para nuestro debate. Por otra parte, debo partir de ellas para explicar mi concepción sobre el futuro de Israel, el lugar de los árabes dentro del país, y consecuentemente el problema de los territorios y el reconocimiento del pueblo palestino. Sobre estos últimos puntos, puedo afirmar que los conceptos que nosotros los escritores planteamos desde 1967 son ahora aceptados por la mayoría de los israelíes; quizás no sea esa la impresión que ustedes se lleven, pero es un hecho que el conflicto político entre Israel y los palestinos está cada vez más en vía de solución. Llevará tiempo, todavía costará sangre, pero estamos encaminados. Por eso mismo, no siento la necesidad de centrarme en ese tema, sino en otro que me preocupa mucho más, y sobre el que he reflexionado especialmente en los últimos años; los problemas ideológicos relativos a la identidad judía, en la oposición correlativa Diáspora-Israel.

Las recientes elecciones en Israel han vuelto a poner en primer plano el problema formal de la definición de **judío**, debido a presiones provenientes de diferentes corrientes religiosas interesadas ya sea en cambiar o en mantener la que figura actualmente en la Ley de Retorno. Desde ya, puede preguntarse cómo es posible que un pueblo de 3.500 años de existencia siga preocupado por definirse, y no sólo a nivel académico sino como un

Yo considero que ser israelí es ser un judío total. El vacío que señalara en la identidad judía se llena en Israel con un contenido que lo convierte en un término totalizador. En cambio, el judío de la Diáspora carga un vacío en su identidad.

problema vital y político. De hecho, pienso que la discusión continuará, incluso dentro de cien o doscientos años, porque hay aquí una cuestión fundamental que nos inquieta permanentemente.

Tanto si tomamos la definición dada por el código religioso judío, la *Halajah* — “judío es el hijo de madre judía” — como si adoptamos la de la izquierda liberal — “judío es la persona que se autoidentifica como tal” —, encontramos un **vacío** en el centro de dicha

definición. Para la *Halajah*, no hay contenido alguno en la condición judía: ni pertenencia territorial, ni idioma, ni siquiera religión. Uno puede vivir en Oslo o Buenos Aires, puede no saber nada del judaísmo o de los judíos, puede ser ateo, estar casado con una persona de otra religión: el Gran Rabino de Israel lo seguirá considerando judío si lo fue su madre. Y no se trata de casos marginales: entre dos y tres millones de personas responden a esas características. Esa definición dificulta el paralelo entre el judaísmo y otras religiones: para ser considerado cristiano o musulmán, se debe creer en determinadas concepciones de Dios; en cambio, el judío no necesita creer en Dios para ser judío a los ojos de la *Halajah*. Por otra parte, también es posible volverse judío por conversión; pero no se deja de serlo por conversión porque el judío bautizado sigue siendo hijo de madre judía. De lo

que se deduce que la definición de la *Halajah* es paradójicamente arreligiosa, y en este sentido es **vacía**.

La definición liberal — que figurara en la Ley de Retorno desde la creación del Estado hasta la década de 1960, es decir, el período crucial en que Israel absorbió a más de un millón de inmigrantes en base a dicha ley —, al considerar judío a quien se declara como tal, suma al **vacío** el componente de la **libertad**: se es judío porque se elige serlo y no porque algún contenido objetivo lo determine. Dicha libertad acompañó siempre la condición judía. Desde la Edad Media, las puertas del ghetto estuvieron abiertas para el judío que quisiera abandonar su condición de tal mediante la conversión.

En cuanto al término **israelí**, la confusión consiste en que se lo considera como una denominación civil, una ciudadanía, y no como una identidad, olvidando que toda nacionalidad implica no sólo el componente civil sino también la identidad. Un musulmán israelí, un cristiano israelí y yo tenemos la misma ciudadanía, pero no la misma identidad.

Yo considero que ser israelí es ser un judío total. El vacío que señalara en la identidad judía se llena en Israel con un contenido que lo convierte en un término totalizador. En cambio, el judío de la Diáspora carga un vacío en su identidad. Recordemos que el nombre que originalmente definió a la nación desde Jacob, — para Moisés, para David, para Isaías, para Jeremías — fue **Israel**. La palabra “judío” aparece por primera vez en la Diáspora: el Libro de Esther habla de “Mordejai el judío en Susa la capital”. Cuando el israelí se va de su territorio, su lenguaje, su marco

natural, se convierte en judío. La relación entre "judío" e "israelí" es la de un término parcial a un término total.

Por ello, cuando yo hablo de israelí estoy hablando de un **judío total**. Todo lo que yo hago en tanto israelí es judío, el judaísmo no es sólo parte de mi identidad sino la totalidad de mi conducta. Más aún, todo lo que me rodea es judío: los objetos, las conductas, el estilo de las relaciones exteriores, la manera de hablar de la gente, la táctica con que el ejército dispersa una manifestación de niños en Nablus, son judíos, en el sentido de israelíes.

Esta concepción está en la base de mi conflicto con Anton Shamas. Shamas no quiere verse como minoría dentro de Israel. El no quiere identificar mi israelismo con el judaísmo total. Pero si lo israelí es sólo una ciudadanía, como él pretende, es porque él está pensando en términos de la vieja propuesta de la OLP: un estado binacional — una especie de Bélgica, con flamencos y valones —, y no un estado judío. Si los israelíes llegaran a aceptar esa definición, en cien años más Israel no va a existir. Lo paradójico es que la posición de Shamas encuentra cierto apoyo en los grupos religiosos, que prefieren pensar que "israelí" es sólo una ciudadanía, mientras que la identidad judía es para ellos una cuestión no nacional sino religiosa.

En mi concepción, lo judío está implícito y evidente en todo lo que hacemos, y no en un área de conducta delimitada como en la Diáspora, donde se es argentino o francés más una parte de uno

Egon Friedler nació en Viena y vive en el Uruguay. Escritor, periodista, traductor y crítico, ha publicado **Historias más o menos circuncisas**, **Arnold Schoenberg** y **Cooperativismo en Israel**. Es colaborador permanente de diversos órganos de prensa judía en el continente.

mismo que es judía; donde se es norteamericano hasta las cinco de la tarde y después, si se desea, se ejerce el judaísmo. Yo soy israelí las 24 horas del día, porque esa es la totalidad de mi identidad.

Debo agregar que una de las cosas que me asustan es que los árabes históricamente nunca aceptaron ser minoría, posición que puedo respetar pero de la que necesito ser consciente. En Israel, los árabes deberán aceptar ser minoría, y si llega a existir un estado palestino, tendrán la posibilidad de radicarse en él y pertenecer a la mayoría.

Desgraciadamente, los judíos de la Diáspora van a estar de acuerdo con Shamas y no conmigo, porque para ellos es muy conveniente que **israelí** sea una ciudadanía y no una identidad, lo cual permite equipararnos: ustedes son judíos que viven en España, en Estados Unidos o en Venezuela, y yo un judío que vive en Israel. Esa es la noción que permite a tantos israelíes emigrar sin conflicto, ya que el núcleo de su identidad no se quiebra al abandonar el país. De ahí que sea importante definir los términos como yo lo hago.

Egon Friedler: En 1985 mantuvimos con usted un debate agudo sobre la identidad judía en la Diáspora. Hace poco leí un artículo suyo en **Haaretz**, en que usted repetía los argumentos de entonces, en el sentido de que los escritores judíos de la Diáspora no tienen derecho literario sobre el tema de la identidad judía.

¿Tienen o no los judíos diaspóricos los mismos derechos y la misma identidad que los israelíes?

cualquier parte implica estar identificado con el estado de Israel. Veo una contradicción entre ambas posiciones. ¿Tienen o no los judíos diaspóricos los mismos derechos y la misma identidad que los israelíes?

ABI: El ser neurótico no significa perder derechos. Desde el comienzo de la Diáspora hay una condición neurótica en la actitud del que se siente ligado a Israel y elige vivir en otra parte, y ello no es una acusación. Ustedes y nosotros somos hermanos, y podemos decirnos lo que pensamos unos de otros sin por eso dejar de serlo. La nuestra es una discusión en familia: yo lo puedo criticar a usted y luego pedirle ayuda. Nuestros términos de debate son familiares. Por eso me permito enojarme con los judíos, porque los siento mis hermanos. Todos sabemos que es dentro de

Decía allí que los escritores diaspóricos viven en Estado de neurosis, y que su creación no puede considerarse separadamente de sus literaturas nacionales. Por otra parte, en un artículo más reciente firmado por usted y por otros escritores como Jaim Guri y Amos Oz, ustedes pedían a los judíos de los Estados Unidos que tomaran posición frente a los problemas acuciantes que vive Israel, afirmando que ello es su obligación debido a la división interna de los israelíes, teniendo en cuenta que ser judío en

la familia donde se producen las peores peleas, donde se grita más fuerte, porque en ella las emociones alcanzan su punto más alto.

Es en nombre de esa noción que los judíos de la Diáspora pueden interferir en la política de Israel. Tradicionalmente, siempre han dado firme apoyo a lo que el Estado hace. Precisamente ahora, cuando en Israel existe un debate interno, quienes no están de acuerdo con la política israelí, quienes apoyan a la izquierda y a Paz Ahora deben hacer oír su voz, sin tener miedo a criticar, cualquiera sea el gobierno de Israel. Yo también firmo petitorios contra las dictaduras latinoamericanas: todos somos ciudadanos del mundo. No hay aquí una contradicción. Existe un debate, una relación, un marco. Y aun si yo niego a la Diáspora como existencia, al mismo tiempo la considero un fracaso y un peligro para el pueblo judío porque es una especie de no-compromiso: el judío diaspórico no se compromete con el país en que vive y no se compromete con Israel.

E. Friedler: Por el contrario, se trata de un doble compromiso.

ABI: No lo creo. Quien quiere comprometerse con Israel debe participar del país. No se puede estar en Buenos Aires y **hablar** de Israel: hay que asumir responsabilidades, como lo hago yo. Un solo niño matado en los territorios es mi responsabilidad; la conducta de los soldados es mi responsabilidad; y la ejerzo entre otras cosas con mi voto, y en este sentido ustedes no son responsables. No sé en qué medida cada uno de ustedes, individualmente, está comprometido con el país en que vive; sé, por lo que yo mismo he visto, que no todos los judíos diaspóricos lo están.

Tampoco quise decir que ustedes no sean escritores judíos, por supuesto que lo son. Pero están ante todo conectados con el lenguaje y la tradición dentro de los cuales escriben. Saul Bellow se definió a sí mismo como un escritor norteamericano que posee en su yo una sección judía, en tanto persona y en tanto creador. Aquí yo no tengo secciones, sino trabajo con la totalidad de mi judaísmo. Con esto no estoy afirmando que tenga una ventaja sobre ustedes; simplemente, establezco un hecho. El mismo lenguaje que manejo está tan cargado de contenidos judíos, que aun si escribiera un relato pornográfico, sin ninguna relación con el judaísmo, por el solo hecho de hacerlo en hebreo me estaría comprometiendo con contenidos judíos. Quien escriba en español un relato kafkiano sin mención de tiempo ni lugar, estará escribiendo ineludiblemente en la tradición de Cervantes y Borges, porque el lenguaje lo conecta a esa tradición.

Moisés Garzón Serfaty: Si mucha de la cultura judía se escribió en arameo, ¿por qué no es posible expresarse en otro idioma que el hebreo?

ABI: No me refiero al uso de otros idiomas judíos, sino de los que como el español, el portugués, el inglés, pertenecen a tradiciones diferentes. Tampoco estoy diciendo que ustedes no deban utilizarlos, ni que no se puedan expresar en ellos contenidos

judíos, sino que los textos resultantes serán una subdivisión de otra cultura: ustedes son, ante todo, escritores latinoamericanos.

Insisto: somos una familia, e Israel es históricamente un producto de la Diáspora. Este encuentro de hoy es posible por lo mucho que ustedes y yo tenemos en común. La diferencia que quiero dejar sentada es existencial, y pasa por la responsabilidad. Yo siento que ustedes me usan para afirmar su identidad; de hecho, ustedes pueden permanecer en la Diáspora porque Israel les proporciona materiales para su identidad. Hay en esto una cierta amoralidad. ¿Cómo reaccionaría yo ante alguien que conviera conmigo y que cifrara su identidad en otro país? Le diría que se fuera allí donde puede sentirse entero.

M. Garzón Serfaty: Admiro su honestidad, y quiero ser tan honesto como usted. Si lo que usted propone se llevara a cabo, el resultado podría ser una división entre Israel y el pueblo israelita (uso este vocablo para mantener su noción de que **judío** es el término que nos unifica). A través de la historia siempre hubo judíos que vivieron y crearon en otra parte y mantuvieron su identidad. Nuestro pueblo creó cultura en Eretz Israel, en Babilonia, en Sefarad, en Rusia, en Alemania, en América, dondequiera que vivió; toda ella es cultura judía y no se debe despreciarla. Según un *midrash*, vivir en Eretz Israel equivale a cumplir todos

Moisés Garzón Serfaty nació en Marruecos y emigró a Venezuela en 1958. Es economista, poeta, periodista y dirigente comunitario. Fundó y dirige la revista **Maguén**; es cofundador y vicepresidente del Centro de Estudios Sefardíes de Caracas. Publicó los poemarios **Jirones del corazón** (1979), **Sinfonía de piedras** (1985), **Voz de tierra, voz de pueblo** (1986) y **Trópico insomne** (1988).

los 613 preceptos del judaísmo. Hay quien cumple ése solo, hay quien prefiere cumplir los otros 612 desde la Diáspora. No acepto que estos no sean pertenecientes, no acepto que usted los saque del pueblo judío.

Elina Wechsler: Quiero referirme a un punto específico. Usted habló de neurosis, y estoy de acuerdo en que todos somos neuróticos en el sentido en que usted lo dijo. Pero a la noción de neurosis va unida la de **deseo**. Pienso que sus artículos y lo que acaba de decirnos expresan sus deseos y no sus opiniones. Y nadie puede triunfar sobre el deseo del otro, que debe ser respetado como tal.

ABI: Quiero definir más claramente qué entiendo cuando hablo de legitimidad. En 1917, a través de la Declaración Balfour, los británicos invitaron a los judíos a venir a Eretz Israel. Había en el mundo unos 14 ó 15 millones de judíos, con opiniones y deseos diferentes, todos ellos legítimos. A Israel llegaron sólo cincuenta o cien mil, y no el medio millón que habría sido necesario para que el Estado de Israel existiera antes del Holocausto. Tuvimos la oportunidad, y tuvimos nuestros legítimos deseos, y pasó lo que pasó. Toda la cultura de la Diáspora no impidió que un solo niño judío entrara a la cámara de gas. No se trata de que la cultura carezca de importancia, sino de que existen cosas más cruciales que ella. En cierto modo, yo hoy lucho por la existencia de este país y no por la de la Diáspora, porque no veo un peligro que aceche a esta última. Mi temor está aquí. No sé si

ustedes saben que la mayoría de los menores de 16 años en todo Eretz Israel son árabes; en los territorios, el 84% de la población tiene menos de 35 años. Yo siento que en cien años voy a perder el país, por culpa de la Diáspora. No es una cuestión de legitimidad teórica: ustedes son tan legítimos como el Rambam o el Rabi de Lubavitch, e incluso como el judío que va a la iglesia. ¿Por qué combaten ustedes la asimilación? Ese también es un proceso perfectamente legítimo. Si usted tiene derecho a combatir la asimilación en Venezuela, yo tengo todo el derecho a combatir desde aquí a la Diáspora, a partir de los mismos principios.

Para ser más claro aún: supongamos que mañana me informan que no hay más judíos en la Diáspora, y que todos los judíos que quedan en el mundo son los tres millones y medio que viven aquí. Sin la opción de la Diáspora, Israel va a seguir existiendo. El peligro para Israel reside en la opción de la Diáspora como experimento histórico judío válido. Muchos países pequeños y débiles seguirán existiendo sin duda, porque sus habitantes carecen de la opción existencial de mantener su identidad en una diáspora. Camus y Sartre se quedaron en la Francia ocupada por Hitler porque sólo allí, y no afuera, estaba su identidad. Mi identidad es la que me da Israel, y temo que la Diáspora la ponga en peligro. Esa es la base de mi posición y la planteo ante ustedes porque ustedes son mis hermanos y con ustedes la tengo que discutir. ♦

Elina Wechsler, poeta y psicoanalista argentina radicada en España, ha publicado *El fantasma* (1983), *La larga marcha* (1988) y *Mitomanías amorosas* (en prensa).